

LOS TESTIGOS

ECOS QUE SE EXTINGUEN

Por Alejandro Toledo

Ciertas convenciones literarias tienden a encontrar en los planos fantástico y realista dos aspectos contrarios del trabajo narrativo. Esta falsa oposición oculta un juego extraño: tras el término "realista" parece esconderse lo verdadero, y "fantástico" remite así a lo desmesurado, lo "excesivamente imaginativo" —es decir, lo falso. Es curiosa la manera como esta idea ha tomado arraigo entre nosotros, y quizás, ello explique el impulso que ha tenido en nuestro tiempo la crónica periodística: si la crónica refiere sucesos tomados directamente de la realidad —dice esta idea común— entonces la crónica es real, realista, verdadera.

Del vasto ciclo de novelas que tienen como eje de sus historias al Movimiento Estudiantil de 1968, hay un grupo importante que participa de este engaño. A él pertenecen: *Juegos de invierno* (1970) de Rafael Solana, *Los días y los años* (1971) de Luis González de Alba, *El gran solitario de Palacio* (1971) de René Avilés Fabila, *La plaza* (1972) de Luis Spota, *Los símbolos transparentes* (1978) de Gonzalo Martré, e incluso el libelo *El móndrigo* (?).

José Revueltas entrevistó esta postura y en 1970, al comentar en Lecumberri el manuscrito de *Los días y los años*, afirma con ligero enojo: "El escritor no puede convertirse en una grabadora". Su comentario sin duda influyó en la escritura de la novela y a él le debemos acaso los momentos más intensos, que no las frecuentes torpezas del autor.

De lo que Revueltas habla es de una exigencia. Captar el Movimiento Estudiantil de 1968 como totalidad, implica el reconocimiento de otras unidades totales: la de la novela y la del escritor. No puede partirse de un principio general de "realidad" que alguien reproduce, pues el novelista busca su propia visión y la concentra en el texto. El autor impone sus propias convenciones: "la verdad objetiva —dice Revueltas— pasa a ser mi verdad interior, a la que sacrifico y entrego todo".

Así resulta que las novelas "realistas" sobre el Movimiento son imágenes parciales: el 68 está visto según una idea general de cómo ocurrió —cierto consenso—, y el autor interviene con timidez, torpeza o a escondidas. Son entonces malos centros para encontrar la verdad. Hay, por fortuna, otro tipo de novelas.

Este segundo grupo tiene un fantasma no literario: *La noche de Tlatelolco* (1971) de Elena Poniatowska. *La noche...* descubre una de las características más importantes del Movimiento: la multiplicidad de voces. Esta pluralidad tendrá diferentes efectos en la novela; todos encierran una importante reflexión sobre la voz narrativa. Hay un yo que se resquebraja (*Pretextos* de Federico Campbell, 1979), otro que se socializa (*La invitación* de Juan García Ponce, 1972), un yo plural —"yo Palinuro, tú Estefanía; tú Palinuro, yo Estefanía"— (*Palinuro de México* de Fernando del Paso, 1977), y un nosotros (*si muero lejos de ti* de Jorge Aguilar Mora, 1979). Quizá estas sean las novelas más representativas del ciclo. Bajo este con-



José Revueltas

texto podemos ubicar algunas cualidades de *Los testigos* (1985) de Emma Prieto.

En *Los testigos* entran en conflicto dos voces: José Romero, participante activo del Movimiento, preso el dos de octubre por una delación; Ruth Ancona, estudiante, la delatora. La novela contrapone las dos versiones. La versión de Romero la habremos de conocer en la primera parte, a través de su lenta búsqueda, diez años después, de la delatora. Cuando logra estar frente a Ruth Ancona la historia se detiene en una imagen:

"Metió la mano en la bolsa derecha donde estaba la pistola".

Luego, pensamos, viene el disparo.

La segunda parte desemboca en esta imagen y la activa. El mecanismo de la novela cobra vida, le da un gran impulso: hay un choque de personalidades, las voces se encuentran, y la novela adquiere una estructura.

La idea de la venganza tiene su antecedente en "El vengador" de Gerardo de la Torre, y un pariente pobre en *Héroes convocados* (1982) de Paco Ignacio Taibo II. En *Los testigos*, no obstante, la voz más fuerte no es la de "el vengador" sino la de la delatora. Mientras José Romero es un personaje mortecino, la confusión de Ruth Ancona la vuelve vital. El dibujo de Romero, además, no es tan preciso, y en su descripción se entrometen discusiones ideológicas mal resueltas, cierta ingenuidad en el trazo de la situación política... Y un exceso: la castración literal del personaje.

Ruth Ancona surge más libremente:

"Rubén, déjame en paz te lo dije desde el otro día más bien desde la otra noche esta invasión tuya es intolerable me está enfermado ahora resulta que todo lo que hago y todo lo que me sucede viene a rematar contigo que estás muerto y enterrado desde hace diez años con un demonio ahora sí definitivamente ya tengo que hacer algo no puedo oír música ni recordar caras ni ver colores sin que te me hagas presente es demasiado o voy al médico a ver qué hago pero a ti te entierro a ti te entierro porque me hiciste llorar y me diste la espalda y te fuiste me desataste los brazos de tu cintura me dijiste lo que no debiste decir 'no llores, no te humilles así' eso fue lo que me dijiste".

Los testigos, ficción política, encuentra voces, nos ofrece una estructura bien trabajada y en el personaje de Ruth Ancona los signos negativos le otorgan gran luminosidad. ◇

Emma Prieto, *Los testigos*, Editorial Katún, México, 1985, 315 pp.